





ESA RUCA LLAMADA CHILE



PEDRO CAYUQUEO

# **ESA RUCA LLAMADA CHILE**

Y OTRAS CRÓNICAS MAPUCHES

*Catalonia*

PEDRO CAYUQUEO

ESA RUCA LLAMADA CHILE  
y otras crónicas mapuches / Pedro Cayuqueo

Santiago de Chile: Catalonia, 2014  
232 p. 15 x 23 cm

ISBN 978-956-324-311-6

GRUPOS RACIALES, ÉTNICOS, NACIONALES  
CH 305.8

---

Diseño de portada: Guarulo & Aloms  
Edición de textos: Luis San Martín Arzola  
Fotografía de portada: Basilio Robledo  
Composición: Mario Mora  
Impresión: Salesianos Impresores S.A.  
Dirección editorial: Arturo Infante Reñasco

Todos los derechos reservados.  
Esta publicación no puede ser reproducida,  
en todo o en parte, ni registrada o transmitida  
por sistema alguno de recuperación de información,  
en ninguna forma o medio, sea mecánico,  
fotoquímico, electrónico, magnético,  
electroóptico, por fotocopia o cualquier otro,  
sin permiso previo, por escrito,  
de la editorial.

Primera edición: julio 2014  
ISBN 978-956-324-311-6

Registro de Propiedad Intelectual N°243.459

© Pedro Cayuqueo, 2014  
© Catalonia Ltda., 2014  
Santa Isabel 1235, Providencia  
Santiago de Chile  
www.catalonia.cl - Twitter: @catalonialibros

## ÍNDICE

PRESENTACIÓN: LA DEUDA DE CHILE.....	15
PRÓLOGO: ABURTO, MANQUILEF... CAYUQUEO .....	19
MÁS QUE UN PAÍS, UN PAISAJE.....	27
LUZ AL FINAL DEL TÚNEL .....	31
LA MECHA QUE ENCENDIÓ LA PRADERA.....	35
LOS BORA Y EL SUEÑO DEL CELTA .....	41
LA CAJA DE PANDORA .....	45
SIN HINZPETER NI CHAHUÁN.....	47
LA ESTATURA DEL FISCAL PEÑA.....	49
EL FRACASO DE LA VÍA JUDICIAL.....	51
RAÚL RUIZ EN LENGUA MAPUCHE.....	53
TVN, EL CANAL DE (CASÍ) TODOS.....	55
BEZMALINOVIC, EL JEFE DE JEFES .....	59
LA VÍA POLÍTICA MAPUCHE .....	61
HORA DE PARLAMENTAR.....	63
EL ÚLTIMO DE LOS MOHICANOS.....	65
CHILE SIGUE SIN DAR EL ANCHO.....	67
OTRA VEZ LA VIOLENCIA .....	71
EL ADIÓS A UN HOMBRE BUENO .....	75
UN ANTES Y UN DESPUÉS .....	79
UN MILLÓN Y MEDIO DE RAZONES .....	83
BIEN CANIULEF, MAL ALCAÍNO .....	87
ESA RUCA LLAMADA CHILE .....	89
LA MEMORIA DE MICHELLE .....	91
LOS ARCHIVOS DE MAPULEAKS .....	93
CAYUQUEO, EL IMPUTADO .....	97
CHADWICK Y EL MACHI CELESTINO.....	101
SE BUSCA.....	103
LA DISPERSIÓN DE LOS PRESOS .....	105
LA FÁBULA DEL “TERRORISMO” .....	107

ENELA 2013, UN PASO ADELANTE .....	111
EN LA FILA DEL BANCO .....	113
UNA FAMILIA DISFUNCIONAL .....	115
EL POLVORÍN MAPUCHE .....	119
LOS FISCALES, PARTE DEL PROBLEMA .....	123
MAPUCHES Y AGRICULTORES, LAS VÍCTIMAS .....	127
PORFIADA MEMORIA LA NUESTRA .....	131
MAPUCHEMAN IN NEW YORK .....	135
LOS CAMINANTES DEL CIELO .....	139
BACHELET Y SU SEGUNDA OPORTUNIDAD .....	143
UNA AGRESIÓN QUE AVERGÜENZA .....	147
LAS DUDAS TRAS EL BALEO .....	149
ELECCIONES Y EL PUEBLO MAPUCHE .....	157
LA HUELLA DE LOS ABUELOS .....	161
LEONARD PELTIER, EL OTRO MANDELA .....	165
NICOLASA, LA DIGNIDAD REBELDE .....	169
NO MÁS DE LO MISMO .....	173
Y MIENTRAS TANTO EN TWITTER... LA CARICATURA DEL MAPUCHE .....	175
ELLA, LA PACIFICADORA .....	179
¿HABLEMOS DE TRATADOS? .....	183
LAURA, MI RUCA ES TU RUCA .....	187
EL INFILTRADO .....	189
PEÑAILILLO Y LA LEY ANTITERRORISTA .....	193
HUENCHUMILLA, <i>YES WE CAN</i> .....	197
RAFAEL CORREA, DE MAL EN PEOR .....	201
EL ROSTRO INDÍGENA DE CHILE .....	205
<i>GABO</i> , PERIODISMO Y <i>WITRANALWES</i> .....	207
CHILE, TAN LEJOS DEL MUNDO .....	211
BEAUSEJOUR Y EL CHILE QUE SOÑAMOS .....	215
¿A QUIÉNES MOLESTA HUENCHUMILLA? .....	217
CHILE ESTÁ CAMBIANDO .....	221
1924, LA INTERPELACIÓN OLVIDADA .....	225
CRÓNICAS .....	229



*A mi madre, Jacinta Millaqueo,  
hija de Alberto y Lorenza, del lof Ragnintuleufu.*



*Lo que vais a leer son unas cuantas verdades bien amargas. El gobierno de Chile violó tratados, promesas... Hizo pedazos la Constitución declarando la guerra de Arauco en la forma más insidiosa y ruin que jamás una nación lo hiciera. Lo pervertió [al mapuche] hasta matar en parte sus energías y hoy eleva estatuas a esos conquistadores que a fuerza de propagar vicios, le permitió quitar tierras, animales y lo que es más, la vida a una nación.*

Manuel Manquilef, 1915.



*Ya que vas a escribir, dijo,  
cuenta de mi pueblo,  
pobreza y dolor sólo trajo el progreso,  
la cultura de la traición  
y los indios en los museos.*

*Me invitó a mascar de su hierba  
y a morder de la pura verdad  
me preguntó de qué se ocupaban  
allá en la capital  
y yo sólo tuve palabras  
para definir la injusticia.*

La Renga, “Lo frágil de la locura”



## PRESENTACIÓN

### LA DEUDA DE CHILE

Alguna vez se pensó que la globalización contribuiría a que el mundo fuera más uniforme. Resultó al revés: estimuló un renacer de las identidades colectivas que parecían ahogadas.

De acuerdo a estimaciones recientes, 184 países del globo, suman sobre 600 grupos lingüísticos y, en su conjunto, más de 5000 grupos étnicos. En los países de Latinoamérica existen 82 grupos lingüísticos. La lengua materna mediante la que construimos los recuerdos, nuestro lugar en el mundo, y la biografía más íntima, ha mantenido entonces en contra de todos los pronósticos evolucionistas, una radical heterogeneidad. Son pocos los países en que los ciudadanos hablan una sola lengua, reconocen su origen en un mismo grupo étnico y poseen prácticas culturales uniformes. La profecía que se puede leer en los libros de la historia de Herodoto —los que creemos vencidos, dijo Herodoto, tienen costumbres porfiadas— fue correcta.

En Chile el fenómeno posee una intensidad creciente desde la recuperación de la democracia el año 1989. Poco a poco, diversos grupos cuya identidad se reconoce en pueblos originarios —es decir, pueblos conquistados por Europa y luego asimilados por el Estado nacional del siglo XIX— reivindican un lugar propio en el Estado; recuperan su lengua y sus costumbres; solicitan se reconozcan sus peculiaridades y el derecho a reproducirlas; exigen se proteja su identidad; y reclaman se les permita irrumpir en la escena pública.

Esos grupos —mapuches, aymaras, atacameños, diaguitas, rapa nui, kawéskar— sienten que su identidad ha sido ahogada por la ficción del Estado nacional y que sus recursos les han sido arrebatados por una sociedad mayor que los ensalza en los manuales de historia y en los discursos patrióticos de ocasión; pero que cuando se trata del espacio de lo público los trata como excrecencias de un tiempo que, por la irrupción del mercado, ahora se estaría inevitablemente extinguiendo.

Por supuesto, no hay nada de arcaísmo en las demandas de esos pueblos. Sus intelectuales, entre los que se cuenta Pedro Cayuqueo, el

autor de estas crónicas, no reivindican una identidad antigua, algo que hubiera estado, durante siglos, suspendida en el tiempo, perviviendo subterránea en medio de la formación de lo que hemos llamado conciencia nacional y ciudadanía. Esos pueblos y sus integrantes han forjado para sí una identidad en diálogo con la Nación chilena, una identidad que, sin embargo, no logra confundirse plenamente con ella y que reclama, entonces, reconocimiento y valoración.

Esa es la deuda que asoma en estas crónicas mapuches de Pedro Cayuqueo. La falta de reconocimiento.

El que primero dijo que lo que movía a los seres humanos era el deseo de reconocimiento, fue Hegel. Él sostuvo que cada pueblo tenía una idea de sí mismo, una concepción de su propio valor. Pero para que esa idea llegara a ser verdad, para que fuera una realidad efectiva, era imprescindible que otra conciencia, distinta a la propia, la acogiera. Cuando ello ocurría se había alcanzado el reconocimiento. Por supuesto, ese autor pensó que la lucha por el reconocimiento era, casi siempre, una lucha a muerte. Cada conciencia que buscaba ser reconocida perseguía la muerte de la otra hasta que alguna de ellas, para evitar la muerte a manos de la otra, consentía la esclavitud.

En las sociedades democráticas, sin embargo, la lucha por el reconocimiento no es una lucha que tenga por objeto desplazar a otros, sino un esfuerzo por alcanzar un lugar en la esfera pública y en el ámbito de la cultura, un esfuerzo porque el propio valor sea reconocido por los demás. Quien aboga por el reconocimiento, aboga por el derecho a la diferencia, a la heterogeneidad de la sociedad en la que vive.

Ese esfuerzo por la heterogeneidad es, por lo demás, casi un imperativo de sinceridad en sociedades que, como la chilena, son producto de un largo proceso de aculturación —de encuentro y de conflicto entre culturas— del que ha resultado que casi todos podrían reconocer identidades múltiples. Nadie, o casi nadie, está de un solo lado en este conflicto. Basta que se detengan a pensar un poco y descubrirán que por razones culturales y simbólicas deben estar de ambos lados. Como ocurre con Pedro Cayuqueo, el autor de estas crónicas.

Sin embargo, ¿se puede ser mapuche y chileno a la vez? Sí, sin ninguna duda. De la misma manera que se puede ser judío y alemán, árabe y chileno o cualquier mezcla parecida a esa. En otras palabras, se puede pertenecer a una comunidad política y participar de ella, de sus desafíos y sus deliberaciones, y, al mismo tiempo reclamar una identidad particular, atada a un pueblo específico, con un *ethos* propio que se ejerce y que se procura preservar. En el mundo contemporáneo las identidades son múltiples y las lealtades pueden estar perfectamente cruzadas.



Un ejemplo clásico de lo anterior es el caso de Raymond Aron. Raymond Aron fue judío, él nunca quiso eludir ese destino; pero al mismo tiempo fue francés. Esgrimió entonces los principios republicanos, la idea de ciudadanía y de libertad, es decir, el ideal de la comunidad francesa, para que se le permitiera seguir siendo fiel a su condición de judío. Reclamaba su derecho a ser judío porque era francés. Aron fue así judío y francés al mismo tiempo. Otro caso semejante fue el de Freud. No fue creyente, ni nada que se le pareciera, y era europeo, pero siempre reivindicó su condición de judío, su pertenencia a una cultura y a una memoria que nunca quiso traicionar.

Estas páginas que ha escrito Pedro Cayuqueo muestran esa misma porfía por abrigar identidades múltiples. Y de paso muestra que la identidad no es una cuestión ontológica, algo relativo a la raza (como alguna vez creyó el positivismo biologicista) sino una cuestión relativa a la voluntad. No es ni mapuche ni chileno, ni ambas cosas, se decide serlo.

En estas líneas que se leen como un relato, pero que suelen esconder un ensayo; en estos textos que a pretexto de relatar acontecimientos defienden puntos de vista, hay un autor, un sujeto de la enunciación, que es chileno como el que más, que conoce y esgrime los principios de la comunidad política a la que pertenece, y que, por lo mismo, es capaz de confrontar a los actores que están en conflicto con los mapuches, con los mismos principios que proclaman y a los que dicen adherir. Y hay un sujeto del enunciado, alguien que habla en la escritura de Pedro Cayuqueo, que es el pueblo mapuche al que él pertenece, cuya identidad reivindica, defiende y por cuyo reconocimiento aboga.

En esa mezcla que —como se verá de inmediato— produce notables resultados, se esconde el secreto de estos textos.

Carlos Peña.  
Abogado, rector de la Universidad Diego Portales  
y columnista de *El Mercurio*



## PRÓLOGO

ABURTO, MANQUILEF... CAYUQUEO

En la entrada del “Estudio preliminar” del vastísimo e imprescindible libro editado por André Menard en 2013 —una prolija publicación que da cuenta de la escritura del líder mapuche Manuel Aburto Panguilef— se consigna la transcripción de una noticia publicada por el diario *El Sur de Temuco*, el 19 de mayo de 1953. Dicha noticia hacía alusión a una reunión realizada el 12 del mismo mes, a un año exacto de la muerte de uno de los principales dirigentes mapuches de la primera mitad del siglo XX. Consignaba que con motivo de ese primer aniversario se había realizado en el territorio natal de los Aburto, en Collimallin, reducción mapuche de Niguen, cerca de Loncoche, un gran *trawün* (asamblea) al cual asistieron, según el periódico, unos cuatrocientos “descendientes de la raza indígena” (2013: XI).

Una de las resoluciones sancionadas en aquel *trawün* fue poner a disposición de los estudiosos e interesados alrededor de doscientos volúmenes manuscritos, que habían sido metódicamente redactados de puño y letra, a lo largo de la vida activa de Manuel Aburto, así como por algunos de sus hijas, hijos y yernos. Aquellas dos centenas de tomos —una parte muy menor del total de sus escritos— contenían “memorias propias y detallados informes de la raza araucana”, dijo la prensa.

En sus páginas se relata la cotidianidad pública y privada de Aburto Panguilef y su entorno familiar, en un recuento pormenorizado de cada día con sus horas, los ires y venires de la organización étnica que él fundó y presidió hasta su muerte; el contexto sociopolítico que les tocó vivir; sus opiniones e interpretaciones de innumerables personas y acontecimientos. También omnipresentes visiones e imágenes oníricas, fundadas en la tradición sociocultural mapuche. Todo ello conforma así un tipo particular de texto en el que los límites entre lo privado y lo público aparecen claramente desbordados. Una proyección simple supone un panorama parecido a la idea de la Biblioteca de Babel de la que hablaba Borges y en cualquier caso, refieren a una semblanza del presidente vitalicio de la Federación Araucana, como “uno de los mapuches que más ha escrito en la historia de este pueblo”, al decir de André Menard.

Llama la atención que el ciclo vital transitado por Manuel Aburto Panguilef (1887-1952) coincide casi exactamente con el de Manuel Manquilef González (1887-1950), otro de los líderes mapuches relevantes de la primera mitad del siglo XX. Uno y otro presidieron a las dos más importantes organizaciones mapuches de esos años. Nos referimos a la Federación Araucana, fundada en 1925 y dirigida hasta su muerte por Aburto y la Sociedad Caupolicán Defensora de la Araucanía, de 1910, estructura que Manquilef y otros profesores normalistas como él ayudó a fundar y que presidió entre los años 1916 y 1925.

Ambos personajes formaron parte de una cierta “élite” mapuche, que en virtud de una serie de factores concatenados, principalmente el prestigio de sus linajes familiares y las redes sociales interculturales heredadas de sus antepasados desde la etapa pre estatal, pudieron acceder a los sistemas donde se impartía la educación formal chilena a fines del XIX y comienzos del XX. La Misión Anglicana de Quepe en el caso de Aburto; y el circuito “laico” de las escuelas elemental, superior, Liceo de Hombres de Temuco y formación como profesor en la Escuela Normal de Preceptores, sede Chillán, en Manquilef.

Dicha instrucción posibilitó a ambos protagonistas y a otros del círculo organizacional de entonces poseer un manejo lectoescritural bilingüe, que tratándose de aquellos años masivamente analfabetos para el conjunto de la sociedad chilena, les proporcionó herramientas de distinción social y política. Aburto, Manquilef y otros líderes mapuches del período se insertaron así social y laboralmente en diferentes instancias del aparato estatal y misional de principios del siglo XX. Profesor normalista en el Liceo de Hombres de Temuco, ayudante de campo, intérprete, traductor y transcriptor de las investigaciones de Tomás Guevara, derivando luego en escritor bilingüe y diputado, en el caso de Manquilef. Intérprete del Protectorado de Indígenas de Valdivia (1910), ayudante de pastor anglicano en La Unión y escribiente de un gabinete de abogados en Pitrufquén, desde donde Aburto deriva hacia a la dedicación en cuerpo y alma al trabajo organizacional, político y cultural en la Federación Araucana.

Los dos Manueles fueron entonces testigos y protagonistas privilegiados de un momento clave para la historia mapuche del siglo XX y lo que va del XXI. Esos primeros decenios del siglo XX son coetáneos con el momento en que se terminan de delinear las fronteras del proyecto estatal chileno. El contexto del Centenario es también una etapa de gran reverberación y agitación en el terreno de lo político y social en Chile.

Son años en que una parte de las élites vinculadas a la oligarquía tradicional y cierta burguesía ilustrada emergente, además de otros sectores

militantes del movimiento social, se interrogan y cuestionan el origen y carácter de una nación que recién termina de delimitar sus fronteras. En este cuadro es que se termina de asentar la ideología nacionalista chilena, que deviene en hegemónica y trascendente en el tiempo.

Simultáneamente, en aquellos años también se consuman el despojo territorial indígena y el desprecio condensado en el transversal y persistente racismo antimapuches. Se fundan a su vez las bases argumentativas del repertorio de respuestas mapuches ante tal atmósfera—configurando, por qué no decirlo, un racismo mapuche *antiwingka* de vuelta—. Fue en ese entorno que los liderazgos mapuches, los tradicionales y los organizacionales, fraguaron las formas y contenidos principales de la agenda reivindicativa mapuche contemporánea, que en más de un sentido alcanza nuestros días.

Habitantes protagónicos de esos años complejos, Aburto y Manquilef contaron con innumerables instancias de encuentro, diálogo e interacción, y a la manera de un péndulo oscilaron también en el desencuentro y el conflicto interpersonal derivado de estrategias y estilos discursivos diferentes. Rasgos que el paso del tiempo demostrará persistentes al interior del movimiento mapuche. Pero más allá de sus conflictos, nos interesa detenernos en una de las aristas que distinguió a aquella generación mapuche de 1910. Nos referimos a la copiosa y heterogénea producción escritural, privada, pública y en categorías intermedias, que de la mano de varios de esos liderazgos y de otros militantes de segunda fila, floreció abundante en aquel tiempo.

Ponencias y discursos leídos en el ambiente intelectual propiciado, como hemos sugerido, por las celebraciones del Centenario. Dicha atmósfera se tradujo en la organización de numerosos certámenes y congresos científicos, religiosos, de folklore, literatura, entre otras instancias. Además de una serie de debates y polémicas sociopolíticas sostenidas entre los diversos liderazgos y posiciones mapuches frente a la contingencia de entonces, saludablemente discutidas en cartas y columnas publicadas por la prensa de la Araucanía. También traducciones y transcripciones de testimonios etnográficos, hechos por encargo de investigadores etnológicos; los poco considerados registros pormenorizados del devenir organizacional plasmados en los libros de actas de las organizaciones.

Y por sobre todo cartas, muchas cartas en sus muchos estilos, al parecer, el formato escritural por excelencia de la comunicación escritural mapuche contemporánea, hechas circular entre las jefaturas mapuches y por sobre todo dirigidas hacia las autoridades del poder estatal central en Santiago. Como se ha demostrado en una obra reciente, el

control de dicha herramienta comunicacional es muy anterior a lo que se suponía.

Lo mismo que Aburto, el profesor Manquilef cultivó una producción escritural importante y variada. Más que por su voluminosidad, por su índole y particulares trayectos recorridos. Manquilef efectivamente es el primer autor mapuche en publicar obra escrita de su autoría exclusiva. Conjuntamente se sitúa su extenso pero extraviado archivo personal, que supuestamente acogió varios libros y artículos que hoy desconocemos. Pese a ello, la escritura de Manquilef ocupa un lugar fundacional en la elaboración de textualidad y conocimiento autónomo mapuche en la compleja coyuntura sociopolítica de comienzos de siglo XX.

\* \* \*

¿Dónde y cómo situamos dentro del contexto enunciado *Esa ruca llamada Chile*, el tercer libro de crónicas de Pedro Cayuqueo, luego del muy exitoso *Solo por ser indios* del 2012 y la compilación de reportajes *La voz de los lonkos* de 2013? Lo primero es intentar ubicar la escritura de Cayuqueo, que hoy por hoy circula, es leída y discutida de manera abundante y transversal en diversos medios y soportes, como una de las aristas más visibles de una generación mapuche hoy muy activa y en crecimiento. Este grupo está ejercitando el oficio desde hace por lo menos un par de décadas a la fecha, integrando hoy por hoy a varios autores y géneros, siendo su pluralidad en lenguajes y audiencias una de sus características salientes.

Otro de los elementos a considerar es que tanto los sujetos individuales así como los entes colectivos que forman parte de esta generación, al plantearse públicamente desde una intensa conciencia étnica, están siendo parte sustantiva de una larga secuencia de comunicación escritural mapuche, presente desde antes de la incorporación forzada a los estados chileno y argentino. Es así que este libro de crónicas es un texto militante. No nos referimos a una militancia específica y puntual, sino que a una pertenencia étnica y por extensión política de amplia data, que se ubica dentro del espacio de participación, de incidencia, pero también de contradicciones y desacuerdos, que hemos dado en llamar “movimiento mapuche”.

Tal contexto, como hemos insinuado, se caracterizó desde sus orígenes por ser diverso y polifónico, tanto en referentes organizacionales como en las expresiones discursivas que en distintos momentos

plantearon sus voces. De más está decir que el actual movimiento mapuche, al cual adscribe Cayuqueo y por extensión todos los escritores y escritoras mapuches coetáneos, se inscriben sin duda en aquella larga e ininterrumpida secuencia, inaugurada formalmente allá por 1910. No por casualidad el mismo año del centenario chileno.

Tal como en aquella coyuntura temporal, la letra impresa se erige hoy como un vehículo de enunciación, mensaje e interlocución con la sociedad propia y especialmente con diferentes representantes del Estado. La apropiación y manejo de esta herramienta estratégica ha posibilitado no solo transmitir las urgencias derivadas de las situaciones de violencia y despojo que han impregnado la historia mapuche contemporánea, sino que a la construcción de una opinión pública informada que en virtud de las fuentes disponibles emanadas desde el interior de la sociedad mapuche, hoy está en mejores condiciones de opinar y debatir sobre este tema. La letra impresa, ni la de antes ni las de ahora, no reemplaza desde luego la honda sonoridad de las oratorias ancestrales, que en el silencio florecido aún persisten. Pero permiten, eso sí, divulgar el reclamo, también cuestionar, opinar e interpelar a unos y otros.

Entonces, una parte del gesto escritural encerrado en las crónicas de Pedro Cayuqueo se inscribe en la tradición perentoria de los mensajes que denuncian y exigen escucha y resolución de la autoridad de turno que habita La Moneda. Esa autoridad, que en la lógica del poder mapuche también es *lonko*, la cabeza visible de todos los demás. Sin embargo la gran novedad de estos escritos es que estos le conversan, hacen guiños y le exigen retroalimentación, en un mismo nivel de relevancia, al chileno común y corriente. Aquellos que en la hora actual merced a la horizontalización de una parte de la sociedad que tiene acceso a los medios digitales masivos, quizás por vez primera empieza a visualizar lo mapuche con una actitud diferente a la consabida carga de contradicciones y retorcimientos heredados de siglos de negación y abandono.

Las crónicas de Cayuqueo, organizadas al modo de un corpus compilatorio ordenado según una secuencia temporal, adquieren una especie de segunda existencia; otras texturas, pues de una parte le otorgan densidad histórica a sucesos que al ser narrados comienzan a transitar o están a medio camino de convertirse en historia, a partir del transcurrir del simple acontecimiento. Es que de lo que aquí se trata es de un recuento de crónicas periodísticas. La crónica, como se sabe, es un género literario que cabalga a contrapelo entre la noticia, el *cronos* cotidiano y su aspiración de relato más o menos objetivo de la realidad. Pero tal relación también del mismo modo es artefacto interpretativo,

de opinión y de opción acerca de esa realidad que algunos medios de comunicación han llegado a rotular como el “Afganistán mapuche”.

Las crónicas de Cayuqueo, estas y las anteriormente publicadas en *Solo por ser indios*, recorren así un amplio territorio donde se están yuxtaponiendo constantemente el pasado y el presente, o más bien el presente impregnado de la memoria que le da sentido al acontecer. Una especie de esencia inmutable que permea toda narración mapuche anclada en lo que llamamos tradición o costumbre. Por eso es que, lo mismo que en *Solo por ser indios*, Cayuqueo recurre a la alegórica e inmanente figura de su abuelo materno Alberto Millaqueo, constituido en una especie de *alter ego* que de cuando en vez como que aparece “remoleando” e impregnando de sentido identitario a la nervadura de algunas de estas crónicas.

Es que en este constante fluir del pasado, esa remembranza no es dato inerte sino que “alumbrá” el presente, fundándose —qué duda cabe— en la arraigada estética mapuche de los *ngütram*, aquel gran soporte discursivo, de los mejores ejercicios dialécticos que fluye, matizado de fogones generosos y cantos de pájaros.

Sin embargo tampoco Cayuqueo trata de hacer el gesto *folk* de intentar vana y superficialmente *mapuchizar* la otredad. Es tan así aquello que otra vez aquí se hace necesario e imprescindible un ejercicio permanente de decodificación de los subtextos, las ironías que tanto molestan a los esencialismos étnicos, también a las apelaciones discursivas de múltiples orígenes que fluyen por todo el libro. La cita al rock, escuchado por los caminos de La Araucanía en la adolescencia del autor; las alusiones al fútbol y situaciones y personajes que habitan la endeble farándula televisiva chilena; el coro de voces sordas que intenta estandarizar la etnicidad vía Twitter; la columna festivalera que lo pone a circular dentro del estándar del ciudadano medio de este país.

En este libro una vez más está la referencia al espacio del origen como marcada a fuego en la alusión constante a ciertas claves significativas, como el abuelo Alberto o en el homenaje sentido a figuras emblemáticas de la historia mapuche reciente, como Pascual Pichún o Nicolasa Quintremán, a quienes Cayuqueo conoció y acompañó. Más allá de aquello, lo que caracteriza a estas crónicas es la mirada que, a modo de una visión panorámica, se sale del espacio rural de la reducción indígena para analizar desde allí la realidad al gran espacio simbólico, que corresponde a un Chile metaforizado como una “gran ruca”.

Y es aquí que se configura la desafiante y perenne metáfora, que es política sin duda, la cual encierra la crónica que da nombre al libro: la apelación al espacio común de la República donde quepan en igualdad de derechos todas las voces, todas las miradas. Indudablemente un espacio



empapado de posibilidades, que solo en un ejercicio avanzado de democracia podrá ser posible. Por eso es que Cayuqueo recupera varias veces la noción del parlamento, que es visualizado como el territorio de la deliberación, las escuchas múltiples y espacio de elaboración de una nueva arquitectura constitucional.

Porque sin dudas a los que privilegiadamente refiere Cayuqueo en estas letras y en su gestión pública reciente son a aquel sector de chilenos y chilenas, que como gran novedad sociocultural de los tiempos recientes, han comenzado a subvertir la cruda exclusión del concepto *wingka*, porque ya no se sienten ni ladrones, ni mentirosos, ni usurpadores con el pueblo mapuche.

Es a ese sector, aun más o menos informal, que en muchos lugares de Chile hoy está dispuesto a movilizarse o por lo menos a ser más comprensivo con la causa mapuche, a quienes probablemente se están dirigiendo como público objetivo estas crónicas. A ellos seguramente es a quienes, en lugar preponderante, se está invitando a parlamentar. Son ellos y ellas con quienes seguramente se podrían generar los cambios que permitirán, en algún hipotético futuro, compartir la gran ruca.

Leer estas crónicas de Pedro Cayuqueo, más que como un artefacto “interesante”, “sugerente” o “mágico”, como suelen clasificar ciertas personas a los sujetos indígenas —y como les gusta también a ciertos mapuches ser clasificados— resulta ser una incitación al diálogo que, más que un cliché, se instituye hoy en urgencia: conversaciones colectivas, convenciones de ciudadanos u otras tantas fórmulas a imaginar. Ese, sin lugar a dudas, sería el mejor legado, entre otros muchos posibles, que nos propone *Esa ruca llamada Chile*.

José Ancán  
Historiador del Arte y jefe de la Unidad de  
Pueblos Indígenas del Ministerio de Cultura